

y la España las que se aliaban contra la Gran Bretaña amenazándola, sino todas las potencias neutrales que protestaban contra el derecho de visita que se arrogaba la Inglaterra. Desde principios del año de 1780 un convoy holandés que volvía al Mediterráneo, rechazó á cañonazos al comodoro Fielding. «Dais armas á nuestros enemigos los franceses y españoles, decian los ingleses,» «y vosotros insultais nuestro pabellon,» respondian los holandeses.

La emperatriz Catarina se conmovió profundamente con motivo de este negocio: los cruceros españoles habian detenido en el Mediterráneo dos buques rusos que llevaban granos á la guarnicion inglesa de Gibraltar. «Mi comercio, decia la emperatriz, es tan querido como mi hijo.»

El 20 de Febrero de 1780 el ministro ruso Panin, enemigo de la Inglaterra, dirigió á las cortes beligerantes su famosa declaracion, que contenia estos principios: primero, el pabellon cubre la mercancía; segundo, no hay mas artículos de contrabando que los expresamente estipulados por un tratado; tercero, las potencias neutrales no pueden reconocer mas que un bloqueo efectivo.

Estos principios reconocidos hoy en el derecho de gentes, eran entonces del todo nuevos y en contradiccion con las pretensiones exclusivas de la Inglaterra; en 1780 fueron el fundamento de la *neutralidad armada*, alianza que celebraron la Rusia, la Suecia y la Dinamarca, para sostener por medio de las armas los derechos de los neutrales. La Holanda y la Prusia se unieron mas tarde; la España y la Francia aceptaron el principio, de modo que la Inglaterra se encontró sola contra la Europa y la América, decididas á mantener la libertad de los mares. Tal fué el primer beneficio de la revolucion americana, y ciertamente que no ha sido el menor.

En Abril de 1780 Lafayette volvió de Francia, adonde habia ido en 1778 á ofrecer su espada á su patria, con motivo de las noticias de una próxima guerra. Traia una noticia que regocijó á Washington singularmente. Se habia pedido el apoyo de la Francia, y desde el año precedente la flota del conde Estaing habia aparecido en las costas de América; pero no se habian pedido tropas de desembarco, porque por parte de la América se temia ó que la Francia se restableciera en el Canadá, ó verse en peligro de cambiar de dueño; y por otra par-

te, los recuerdos de antigua rivalidad aun estaban bien vivos para que pudiera esperarse que americanos y franceses combatieran voluntariamente bajo una misma bandera.

Lafayette, que segun la expresion del viejo Maurepas, habia vaciado Versalles para ayudar á la América, venia á anunciar á Washington la llegada de la primera division francesa, al mando del general Rochambeau, compuesta de mas de cinco mil hombres; la segunda division detenida en Brest por falta de trasportes no llegó jamas.

Las instrucciones dadas á Rochambeau por el ministerio frances estaban llenas de prudencia y de delicadeza. El general y sus tropas debian en todo caso estar bajo las órdenes de Washington. Cuando los ejércitos estuvieran reunidos, el frances debia considerarse auxiliar y ceder la preferencia, tomando la izquierda. En igualdad de empleo y de antigüedad los oficiales americanos debian tomar el mando. Estas instrucciones comunicadas á Washington ántes de desembarcar los franceses, produjeron el mejor efecto. Siempre reinó la mas perfecta armonía entre nuestras tropas y los soldados y el pueblo americano. Los oficiales franceses tomaron desde luego las cucardas negras y blancas (el negro era el color de la cucarda americana); y aun se recuerda todavía en los Estados- Unidos que nuestros soldados acampados cerca de los jardines americanos, se alejaban sin haber tocado un solo fruto. Franklin en sus *Memorias* celebra la delicadeza del soldado frances. Los ingleses de Braddock no habian dejado semejantes recuerdos.

La llegada de la flota americana al mando del caballero de Ternay tuvo lugar en Julio de 1780, y muy oportunamente, porque desde Mayo Sir Henry Clinton habia ocupado Charleston, cuya pérdida, segun la expresion de Lafayette, era una pérdida terrible, pues de esta manera la confederacion perdia todo el Sur. A la primera noticia de nuestra llegada, Clinton volvió á Nueva-York, dejando á lord Cornwallis en la Carolina. Con la escuadra inglesa fué á amenazar á la francesa que estaba en New-Port, en Rhode-Island, obligando así á Rochambeau á permanecer inactivo para defender la escuadra que estaba en peligro.

El año se pasó así en observarse, mientras que los ingleses hacian progresos en la Carolina y el Congreso decretaba que el enganche de las tropas no seria por tres meses sino por toda la duracion de la

guerra, y que los oficiales que permanecieran en servicio hasta la paz tendrían derecho á medio sueldo por el resto de su vida. Ambas medidas eran buenas, pero ninguna fué cumplida.

La primera no era muy practicable, porque en América no hay espíritu militar. Se baten, pero la profesion de soldado es poco apetecible; se quiere ser libre aun bajo la disciplina militar. Se vió en aquella época, en 1º de Enero de 1781, que mil ochocientos hombres acantonados en Morristown, en Filadelfia, se sublevaron por el atraso de sus sueldos, por su miseria, y sobre todo, porque se retenia bajo sus banderas á cierto número de soldados que solo se creian en el deber de servir durante tres años.

Los amotinados mataron á un capitán, hirieron mortalmente á otro oficial y marcharon sobre Princeton con seis piezas de campaña amenazando al Congreso que estaba en Filadelfia. Por indicaciones de Washington no se empleó mas que la dulzura, transigiendo con los rebeldes; pero habiendo aumentado los desórdenes fué necesario emplear la dureza para reprimirlos.

De esta manera el ejército se disolvía, la bancarota era inminente, pues los recursos del país estaban agotados. Fué entónces cuando Washington, á instancias del Congreso, dió instrucciones al coronel John Laurens para que volviese á Francia á solicitar nuevos recursos de hombres y dinero. Esta carta, escrita por Washington mismo, debe encontrarse en el ministerio de negocios extranjeros: ella demuestra que en este momento la Francia era la única esperanza de salud para la América. Washington expone allí que no teniendo la América capital ni riqueza, la guerra habia agotado los recursos naturales del país, conduciéndolo á una crisis que hacia indispensable el auxilio de la Francia.

El papel moneda, sin fondos que respondieran, estaba totalmente despreciado y sin confianza.

Las requisiciones eran imposibles, porque no habia crédito, la campaña de 1780 se habia hecho sin un scheling. El ejército habia sufrido de tal manera que su paciencia estaba agotada, no tenia ni vestido, ni víveres, ni sueldo; el descontento aumentaba. El pueblo estaba desalentado; su primer entusiasmo, que le habia hecho aceptar la guerra, habia pasado. «Era de temer que un pueblo comerciante y libre, poco

acostumbrado á cargas pesadas, fatigado por contribuciones odiosas, no consintiera en los sacrificios que demandan las circunstancias, imaginándose que no haria mas que cambiar una tiranía por otra.»

De todo esto resultaba, segun el general, la necesidad absoluta de un auxilio inmediato en dinero, que pudiera permitir á la Confederacion restablecer su hacienda, levantar su crédito y dar energía á las operaciones futuras, y la importancia de un esfuerzo decisivo de los ejércitos aliados para conquistar la libertad y la independencia de los Estados- Unidos. «Sin dinero, agregaba Washington, no harémos en la próxima campaña mas que un esfuerzo débil, y probablemente el último; con un auxilio fatigaríamos la obstinacion del enemigo.

«El segundo medio es inseparable del primero; con un ejército combinado, esta lucha tendrá un éxito glorioso, y esto pondria el sello á las obligaciones que nuestro país tiene para con la generosidad de sus aliados, perpetuando nuestra union por el reconocimiento y el afecto, no ménos que por mutuas ventajas, que son los únicos lazos que pueden hacerla sólida é indisoluble.»

Washington apreciaba á nuestras tropas no solo por su valor y por su número, sino tambien porque «la excelencia de las tropas francesas, su perfecta disciplina, su órden constante, sus disposiciones conciliadoras y su entusiasmo han cooperado de una manera eficaz al respeto, á la confianza del pueblo para con sus amigos.»

De acuerdo con Rochambeau, el general habria querido que la Francia enviase un refuerzo de 15,000 hombres, pero si esto debia disminuir el auxilio en dinero, preferia esto último. En América faltaban recursos mas bien que soldados.

Pedia, en fin, que la guerra naval fuese llevada á los mares de América, porque así se reduciría el enemigo á la defensiva, quitándole toda esperanza de extender sus conquistas; guerra fácil para la Francia, pues sobre las dilatadas costas de la América encontraría puertos, recursos y provisiones.

«Por lo demas, agregaba Washington, solo solicitamos un empréstito, y ningun otro pueblo tendrá mas facilidad para pagarlo que nosotros. Nuestras deudas son poco considerables, nuestro territorio inmenso; la fecundidad del suelo, nuestros recursos comerciales, todo asegura que en pocos años la América podrá pagar.

«El pueblo está descontento, decia al concluir; pero mas bien de la manera con que se hace la guerra, que de la guerra misma. Un auxilio poderoso de dinero levantaria nuestra hacienda y nuestros espíritus.»

«Una mayoría inmensa quiere la independencia, ódia la reunion á la Gran Bretaña, y busca la alianza de la Francia; pero en tiempo de guerra no bastan estos sentimientos, sino que se necesitan los medios ordinarios de hombres y dinero, porque su ausencia trae consigo la opresion, la desgracia y el desaliento.»

Esta carta, remitida á Franklin y presentada por él al ministro del rey, tuvo un buen resultado, al ménos por lo que mira al dinero; pero al concederlo se estipuló que los recursos destinados al ejército quedarian á disposicion del general Washington. Se tenia mas confianza en él solo, que en todo el Congreso.

Los consejos de Washington seguidos por la corte de Francia produjeron un feliz resultado. Hacia el fin de Agosto el conde de Grasse arribó á las Antillas con una escuadra de veintiocho navíos de guerra y cuatro mil hombres de tropa.

Este fué el momento que Washington eligió para hacer la campaña en Virginia. No podia dudar; Cornwallis habia entrado en la provincia; si llegaba á ocuparla y tomaba á Richmond, el Sur estaba perdido. Cornwallis estaba lleno de esperanza, perseguia á Lafayette, que con cuatro mil hombres se defendia de rio en rio. «El niño no se me escapará,» escribia Cornwallis, *The boy can not escape me*. Lafayette tenia veinticuatro años.

Washington sentia la necesidad de dar un gran golpe para reanimar el entusiasmo decaído. El Congreso, que al principio de la guerra habia sido la cabeza y el corazon del país, languidecia y estaba sin influencia; la bancarota y la ruina general eran inminentes, y en los Estados del Este, desde que la guerra se habia trasladado á la Carolina y sus costas no estaban amenazadas, habia disminuido el entusiasmo.

El 14 de Setiembre de 1781 Washington se trasladó al cuartel general de Lafayette en Williamsbourg, y tomó el mando en jefe del ejército aliado, teniendo á sus órdenes al general Rochambeau. Cornwallis se vió precisado á encerrarse en York-Town, fortificando el punto. Los americanos y franceses, en número de 18,000 hombres,

pusieron sitio á la plaza: el general inglés no tenia mas que 7,000 hombres para defenderse. La plaza era débil, y el dia 16 de Setiembre Cornwallis escribia á sir Henry Clinton: «La ciudad no está en estado de defensa: si no me podeis auxiliar próximamente, esperad malas noticias.»

La plaza fué cercada el 1º de Octubre: la escuadra francesa habia proporcionado cincuenta cañones de grueso calibre y diez y seis morteros: americanos y franceses rivalizaron en arrojo y bizarría: dos reductos fueron tomados el dia 14, y el dia 18 los ingleses se vieron en la necesidad de rendirse, quedando las tropas de tierra prisioneras de los Estados-Unidos, y las de mar, de la Francia. Washington impidió que en el acto de la rendicion hubiera espectadores extraños, y prohibió toda señal de regocijo público: el resultado le bastaba. Los ingleses salieron de la plaza, saludando cortesmente á los oficiales franceses y mirando con aire altanero á las milicias, que en aquella vez los habian vencido. ¹

«El trato que hemos recibido, escribia lord Cornwallis á lord Cha-

¹ Segun la tradicion americana, consagrada por un cuadro que está en el Capitollito de Washington, el general Lincoln, vencido en Charleston, fué quien recibió la espada de lord Cornwallis. Las *Memorias* de los oficiales franceses refieren de otro modo esta gran escena.

Rochambeau dice: «Estando enfermo lord Cornwallis, el general O'Hara desfiló á la cabeza de la guarnicion. Al aproximarse á nosotros, me presentó su espada: yo le enseñé, frente á mí, al general Washington, á la cabeza del ejército americano, diciéndole que siendo el ejército frances, solo *auxiliar* en el continente, el general americano era quien debia dar órdenes.»

Mathieu Dumas en sus interesantes *Memorias* es mas explícito. (*Memorias* de Dumas. Paris, 1839, tomo I, página 89.)

«Yo fui encargado de ir delante de las tropas de la guarnicion, y de dirigir la columna: me coloqué á la izquierda del general O'Hara. Al aproximarnos á los fosos me preguntó en dónde estaba el general Rochambeau.—A la izquierda, le contesté; á la cabeza de la línea francesa. El general inglés violentó el paso de su caballo para presentar su espada al general frances. Presintiendo su intencion, partí al galope para ponerme entre él y Mr. de Rochambeau, que en este momento me indicaba con el gesto al general Washington, que estaba en frente, á la cabeza de la línea americana. «Os engañais, dije al general O'Hara; el general en jefe de nuestro ejército está á la derecha.» Y lo conduje; y en el momento en que sacaba su espada, el general Washington le dijo: «Jamás, está en buena mano.»

«La guarnicion desfiló entre las dos líneas, en medio de las que se le hizo formar en batalla y poner las armas en pabellones. Los oficiales ingleses manifestaban el mas vivo despecho, y recuerdo que el coronel Abercrombie, de las guardias inglesas, el mismo que mas tarde pereció en Egipto en el campo de batalla, en el momento en que su tropa entregaba las armas, se alejó violentamente, cubriéndose la cara y mordiéndose su espada.»

tham, ha sido muy delicado. Pero la bondad y las atenciones que nos han mostrado los oficiales franceses, su generosidad y la finura con que nos han ofrecido su bolsa en público y en particular, excede, en verdad, á todo lo que pudiera decirse. Yo espero que este será un recuerdo que ningun oficial inglés olvidará, si la fortuna de la guerra llegare á poner un frances en su poder.»

Despues de la rendicion de lord Cornwallis, la guerra estaba terminada en América, al ménos por lo que tocaba á las operaciones militares. Con las causas de descontento que aumentaban en Europa, la Inglaterra no podia persistir en una vía tan llena de sacrificios y peligros, sin un resultado posible. «Yo espero, escribia Washington á Lafayette en 1779, que nuestra tierna y generosa madre recibirá muy duras lecciones para convencerse, lo mismo que todos los tiranos del mundo, de que el mejor camino, el único que conduce con seguridad al honor, á la gloria y á la verdadera dignidad, es la justicia.» Habia llegado su hora á la Inglaterra: tenia la necesidad de humillarse bajo el peso de la desgracia. Era lo que sentia lord North. Cuando recibió la noticia de la rendicion de York-Town, nos dice un contemporáneo, lord Germain, secretario de Estado, que le produjo el mismo efecto que una bomba. Abria los brazos y exclamaba: «¡Dios mio, todo se ha perdido!» Y paseándose á grandes pasos en su cuarto, repetia muchas veces estas palabras, con una agitacion y un sufrimiento increíbles.

El rey recibió la noticia con mas valor, y contestó á lord Germain protestándole que estaba resuelto á ir hasta el fin. Solamente, y esto es notable, lord Germain vió que el rey, olvidando su exactitud germánica, no habia puesto sobre el billete de recepcion, *la hora ni el minuto*, lo cual demostraba que estaba agitado.

La noticia llegó á Paris el 26 de Noviembre de 1781. Franklin escribió á John Adams á Holanda: «Os felicito por tan gloriosas noticias. El Hércules niño ha ahogado en su cuna á la segunda serpiente.» La primera habia sido el general Burgoyne. La comparacion agradó tanto á Franklin, que mas tarde se hizo una medalla bajo su direccion: *Non sine Dis animosus infans*.

Tales son los recuerdos que hemos dejado en esa tierra lejana, recuerdos que Lafayette debia perpetuar hasta 20 de Mayo de 1834,

que Tocqueville ha querido revivir, y que yo invoco como nuestra gloria mas pura.

Que la América se haga grande, gloriosa, próspera; que no solo sea un pueblo, sino un mundo; pero que no olvide jamas que sin ambicion, sin celo y sin interes, la Francia ha velado cerca de su cuna. Que no olvide esa cucarda blanca y negra, que le recuerda que los franceses han derramado su sangre, por conquistarle la independenciam y darle un continente.